

# PSICOANÁLISIS “DE FRONTERA” Y PROCESOS DE NEOGÉNESIS: EXIGENCIAS TEÓRICO-CLÍNICAS PARA UNA PRAXIS TRANSFORMADORA

“FRONTIER” PSYCHOANALYSIS AND NEOGENESIS PROCESSES:  
THEORETICAL-CLINICAL DEMANDS FOR A TRANSFORMING PRAXIS

PSICANÁLISE “DE FRONTEIRA” E PROCESSOS DE NEOGÊNESES: EXIGÊNCIAS  
TEÓRICO-CLÍNICAS PARA UMA PRÁXIS TRANSFORMADORA

Facundo Blestcher<sup>1</sup>

**Resumen:** Las problemáticas clínicas contemporáneas interpelan nuestra praxis en su capacidad de resolución del sufrimiento humano. Allí donde el método analítico clásico resulta insuficiente para el abordaje del padecimiento psíquico, se despliega un psicoanálisis “de frontera”, que aspira a producir reordenamientos de la tópica psíquica. La conceptualización de Silvia Bleichmar acerca de las “simbolizaciones de transición” apunta a ampliar el alcance de nuestros instrumentos clínicos, incluyendo intervenciones que se orientan a producir una simbolización para aquello que no ha logrado ese estatuto, promoviendo la recomposición del entramado psíquico. Esta perspectiva inaugura la posibilidad de desplegar, en el marco mismo del tratamiento analítico, procesos de neogénesis que propician la constitución de lo no constituido y el clivaje y reorganización de lo inscripto psíquicamente en nuevas tramas simbolizantes.

**Palabras clave:** Psicoanálisis. Clínica. Simbolizaciones de transición. Neogénesis.

*Abstract: Contemporary clinical problems challenge our praxis in its capacity to resolve human suffering. Where the classical analytical method is insufficient for the approach of psychic suffering, a “frontier” psychoanalysis is deployed that aspires to produce rearrangements of the psychic topic. Silvia Bleichmar’s conceptualization of “transitional symbolizations” aims at widening the scope of our clinical instruments, including interventions that are oriented to produce a symbolization for that which has not achieved this status, promoting the recomposition of the psychic framework. This perspective inaugurates the possibility of deploying, within the same framework of the analytical treatment, processes of neogenesis that propitiate the constitution of the unconstituted and the cleavage and reorganization of what is psychically inscribed in new symbolizing plots.*

**Keywords:** Psychoanalysis. Clinical. Transitional symbolizations. Neogenesis.

**Resumo:** As problemáticas clínicas contemporâneas interpelam nossa práxis em sua capacidade de resolução do sofrimento humano. Onde o método psicanalítico se prova insuficiente para abordar o sofrimento psíquico, utiliza-se uma psicanálise “de fronteira”, que aspira a produzir reorganizações da tópica psíquica. A conceitualização de Silvia Bleichmar acerca

---

<sup>1</sup> Psicoanalista. Máster en Clínica Psicoanalítica. Past President de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis Psicoanálisis (FLAPPSIP). Profesor en grado y posgrado en universidades de Argentina, Brasil, México, Uruguay y España. Presidente de la Asociación Argentina de Psiquiatría y Psicología de la Infancia y la Adolescencia (ASAPPIA) y de la Asociación de Psicoanálisis “Sigmund Freud” del Litoral. E-mail: facundoblestcher@gmail.com

*das “simbolizações de transição” visa ampliar o alcance de nossos instrumentos clínicos, incluindo intervenções que se orientam a produzir uma simbolização para aquilo que não alcançou esse estatuto, promovendo a recomposição do tecido psíquico. Essa perspectiva inaugura a possibilidade de implementar, no próprio marco do tratamento analítico, processos de neogênese que propiciam a constituição do não constituído e a clivagem e reorganização do que está inscrito psiquicamente em novas tramas simbolizantes.*

*Palavras-chave: Psicanálise. Clínica. Simbolizações de transição. Neogênese.*

No es por cierto esperando en la plaza desierta  
que se encuentra a alguien.  
Cesare Pavese

En su conferencia “La psicoterapia analítica como lugar de producción simbólica”, en el marco de una jornada sobre el cambio psíquico realizada en Montevideo en 2004, Silvia Bleichmar se preguntaba:

[...] ¿qué tiene hoy para ofrecer el psicoanálisis?, ¿qué puede aportar al sufrimiento humano del siglo XXI? Vale decir, ¿hasta qué punto nuestro pensamiento, nuestras teorías, nuestras maneras de encarar el sufrimiento, nos permiten enfrentar los problemas que aborda la subjetividad del siglo XXI? [...] ¿Cómo operar en el marco de un proceso analítico que pueda al mismo tiempo incrementar la simbolización sin rigidizar la defensa? [...] Lo cual podría ser formulado también en los siguientes términos: ¿Cómo incrementar las posibilidades de la productividad psíquica evitando, al mismo tiempo, los riesgos a los cuales se ven sometidos nuestros pacientes, en particular cuando se confrontan a procesos de deconstrucción psíquica?

Este cuestionamiento, que sigue siendo incitante en el presente, se abre en dos direcciones: por un lado, la necesaria revisión de nuestras teorías y nuestra praxis para resolver o mitigar los sufrimientos actuales; por el otro, las transformaciones en las subjetividades que interpelan nuestra tarea. Para quienes inscribimos nuestra práctica en una serie de las generaciones en la que Silvia Bleichmar constituye una referencia fundamental, construir respuestas para estos interrogantes deviene una exigencia de trabajo teórico y de refinamiento de nuestras herramientas clínicas para intervenir sobre el padecimiento psíquico de las personas que nos consultan.

Una tarea crítica, que permita discernir lo permanente y lo accesorio, la novedad y la repetición, lo pertinente y lo incoherente, requiere exponer al propio psicoanálisis a sus instrumentos, pasando el cepillo de la crítica a contrapelo. Para ello, resulta necesario someter a caución las fórmulas canónicas que poseen ya un escaso alcance explicativo —siguiendo la propuesta de “sostener los paradigmas desprendiéndose del lastre” (Bleichmar, 2005, p. 107)— y recuperar la pasión que estimula la pregunta productiva: saber para interrogarse mejor.

Mucho se ha escrito con relación a las mutaciones actuales de las subjetividades y los nuevos horizontes que se despliegan a partir de ellas. La abundancia de descripciones y diagnósticos provenientes de las más diversas disciplinas —sociología, antropología, filosofía, teoría política, historia, etnografía, entre otras— alienta, en muchas ocasiones, una deriva del psicoanálisis y de los psicoanalistas que diluye la pertinencia de nuestras concepciones. Por supuesto que podemos afirmar que el sujeto psíquico es indisociable de su referencia al otro, a la cultura y a la historia, pero sin renunciar a la especificidad de nuestro objeto y de nuestro

campo de intervención. Cuando este extravío ocurre, no es infrecuente advertir una ideologización de la práctica, que, justificada en las “mejores intenciones” o en un presunto “sentido común”, pretende compensar la insuficiencia de los propios recursos teóricos y clínicos. La apelación recurrente a las condiciones de época como determinante fundamental —y hasta exclusivo— del sujeto psíquico acaba por disolver la causalidad intrapsíquica —libidinal, representacional, fantasmática y defensiva— sobre la cual podemos operar a partir de nuestro método.

En función de esto, la distinción propuesta por Bleichmar entre *constitución del psiquismo* y *producción de subjetividad* ofrece una perspectiva productiva para deslindar los diversos órdenes de determinación y recuperar la congruencia de nuestra posición con respecto a los fenómenos y procesos psíquicos sobre los que nos corresponde trabajar. Siguiendo a la autora, la *producción de subjetividad* concierne a la construcción del sujeto en términos sociales e históricos, en tanto efecto de una serie de significaciones y propuestas discursivo-ideológicas del imaginario social instituido e instituyente que particularizan a la sociedad de pertenencia en un momento dado:

Lo que se llama producción de subjetividad es del orden político e histórico. Tiene que ver con el modo con el cual cada sociedad define aquellos criterios que hacen a la posibilidad de construcción de sujetos capaces de ser integrados en su cultura de pertenencia. Hay proyecto de producción de subjetividad en cada sociedad y estos proyectos de producción de subjetividad de cada sociedad tienen ciertas características (Bleichmar, 2009, p. 33).

Por otra parte, la *constitución del psiquismo* corresponde a los procesos constitutivos propios de la estructuración y funcionamiento del sujeto psíquico, que el psicoanálisis ha discernido como relativamente invariantes y que se mantienen más allá de las mutaciones históricas, conformando el núcleo duro de nuestra metapsicología:

[...] la diferenciación tópica en sistemas regidos por legalidades y tipos de representación es del orden la constitución psíquica. De ahí que lo constitutivo del psiquismo da cuenta de aspectos científicos del psicoanálisis y que se sostienen con cierta trascendencia por relación a los distintos períodos históricos (Bleichmar, 2009, p. 33).

Si bien ambos procesos pueden ser diferenciados, sobre todo en términos epistémicos de nuestra disciplina, también se trata de poder articularlos, advirtiendo la forma con la que los cambios en la producción de subjetividad impactan sobre la tópica psíquica y se insertan en la serie traumática libidinal que define la etiología de los síntomas.

Sabemos que las presentaciones clínicas del padecimiento psíquico van mutando al calor de las transformaciones históricas, y que sus modalidades nos confrontan constantemente con los alcances de nuestras teorías y las posibilidades de aplicación del método. Más allá de la sintomatología neurótica que concebimos como más “clásica” —que podemos advertir en retroceso en las consultas que recibimos—, abundan otros fenómenos clínicos que dan cuenta de trastornos producidos por fallas parciales o globales en la constitución del psiquismo: fracasos en la formación de síntomas en sentido estricto, compulsiones y pasajes al acto producidos por desregulaciones de la economía psíquica, intentos de supresión tóxica del dolor, estados de angustia masiva que tienden a cronificarse sin encontrar vías de ligadura —sea bajo la forma de ataques de pánico o crisis de ansiedad—, afecciones psicósomáticas y somatizaciones severas, depresiones y vivencias profundas de vacío, déficit en los procesos de simbolización que dejan al sujeto librado al efecto desligante de la pulsión de muerte. La emergencia de la excitación desamarrada de los sistemas representacionales resulta disruptiva por la insuficiente elaboración psíquica y se anuda con la dimensión del traumatismo a la que el sujeto queda fijado en una repetición que lo excede:

El psiquismo tiene un entramado simbólico que permite o no el ingreso de ciertas significaciones, sobre todo, de aquellas que lo pueden poner en riesgo. El impacto que produce en él lo absolutamente desconocido y amenazante es del orden de lo que no encuentra entramado simbólico (Bleichmar, 2011, p. 410).

Nuestra inquietud acerca de los modos actuales del sufrimiento psíquico debe apuntar más a la ampliación del campo de nuestros conocimientos e intervenciones, con el propósito de desplegar una práctica efectivamente transformadora, que a sostener a toda costa la supervivencia de nuestro quehacer en un contexto de disputa pragmática en el mercado de las ofertas psicoterapéuticas. Pensar qué tiene para ofrecer hoy el psicoanálisis no es una mera cuestión técnica, en el marco de propuestas cada vez más mercantilizadas y reductivas que pretenden acallar el padecimiento subjetivo por medio de un bombardeo de consejos, tareas y modificaciones conductuales superficiales, que incrementan la adaptación a las mismas condiciones que generan y sostienen ese malestar, o recurren a los psicofármacos como la alternativa para suplir aquello que las propias intervenciones no alcanzan a producir. Tanto el dogmatismo como el eclecticismo de ciertos sectores del psicoanálisis pueden pensarse como modos defensivos al servicio de generar una ilusión de dominio ante la agitación fantasmática de los propios analistas frente al sufrimiento de quienes se aproximan demandando auxilio. Estas auténticas resistencias contratransferenciales ofician como “mecanismos autoinmunes” (Bleichmar, 2011) con los cuales ciertos sectores del movimiento psicoanalítico rechazan el planteamiento de nuevas preguntas o maquillan de novedad lo que en realidad representa la aplicación de viejas respuestas, sin someter a prueba los enunciados de partida.

Como ha señalado Bleichmar, el mayor peligro que acecha al psicoanálisis no proviene de la capacidad y lucidez de sus oponentes, sino de la fosilización de nuestras teorías y el riesgo de implosión que acarrearán debido a sus propias carencias internas. De aquí deriva una auténtica exigencia: “¿Podremos recuperar el entusiasmo de los orígenes a partir de la convicción de que las nuevas tareas ameritan no sólo una ‘puesta al día’ sino una verdadera puesta sobre sus pies de los enunciados de base?” (Bleichmar, 2006, p. 10).

De estas orientaciones se desprende un verdadero programa de trabajo para aunar el rigor teórico con la fecundidad en la praxis. Esto implica la necesidad de pensar una clínica fundada en la metapsicología, no dissociada de los fenómenos histórico-sociales, respetuosa de los modos con los cuales el ser humano busca paliar los malestares que lo aquejan (Bleitcher, 2007). En este sentido, por una parte, sostenemos la motivación libidinal —representacional— del padecimiento anímico y sus determinaciones intrapsíquicas; por otra, no desconocemos la incidencia de las condiciones históricas en la conformación de los síntomas o en el reforzamiento y cristalización de fallas en el funcionamiento psíquico.

Las situaciones clínicas que enfrentamos hoy revelan la insuficiencia de un prescriptivo que pretenda encorsetarse en supuestos principios inamovibles, como así también ciertas categorías conceptuales que entorpecen la comprensión metapsicológica. Ante las limitaciones que derivan de una teórica rigidizada, que se reitera ecolálicamente, renunciando a toda aspiración de entendimiento —ya que se ha denostado todo afán de comprensión o explicación, suponiendo que esto correspondería a una voluntad totalizante y a un extravío imaginario que ofuscaría el “deseo del analista” en su pureza ascética—, se despliega una práctica mistificada —saturada de clisés, intervenciones erráticas y silencios que encubren la impotencia bajo un halo enigmático que poco auxilia frente a la angustia— que debilita la potencia de la práctica misma. No es infrecuente escuchar enunciados que promueven un engañoso alivio bajo la forma de proposiciones tales como “no hay demanda”, “no se instaló la transferencia”, o “el sujeto no se implicó en su síntoma”. Muchas de estas expresiones configuran una coartada que mitiga la angustia que genera la conmoción frente al padecimiento del otro y son compatibles con la propuesta que reduce al analista a una mera función deshabitada del sujeto real que la encarna.

En una dirección muy diferente se inscribe una comprensión metapsicológica, una orientación clínica y una posición ética sostenida en los desarrollos de Silvia Bleichmar. La relación entre objeto y método resulta un vector fundamental para la dirección de la cura. La aplicación del método exige una serie de requisitos que determinan sus posibilidades de ejercicio: inconsciente constituido a partir del clivaje tópico instaurado por la represión originaria, organización del yo y de las instancias ideales, conflicto intrasubjetivo, sujeto capaz de posicionarse ante el inconsciente, operatoria de la represión propiamente dicha, retorno de lo reprimido y formación simbólica de síntomas (Bleichmar, 1999). La libre asociación supone un procedimiento detraductivo, desligante, asociativo-disociativo, que reclama ciertas condiciones de la estructuración subjetiva para poder desplegarse sin que el activamiento de lo reprimido ponga en riesgo la estabilidad psíquica. La presencia del analista, soporte vivo de la transferencia —en nada comparable a un muerto—, se ofrece como sostén ante el desprendimiento de angustia que inevitablemente acompaña el transcurso del análisis.

En virtud de las formas con las que se manifiesta el padecimiento psíquico en la actualidad, cada vez más, nos vemos obligados a examinar las posibilidades y márgenes de nuestro quehacer. En numerosas situaciones sabemos que el trabajo analítico consiste en crear las condiciones para la futura introducción del método. Aquello que tradicionalmente hemos entendido como “analizabilidad”, la aptitud de un sujeto para beneficiarse de la aplicación del procedimiento analítico —y que supone una serie de requisitos metapsicológicos, psicopatológicos y técnicos—, no siempre está presente desde el inicio, sino que debe ser construida. Ya sea en la clínica en tiempos de infancia como en sujetos adultos cuya dominancia estructural no es neurótica, o en aquellos atravesados por vivencias traumáticas importantes, sabemos que se trata de constituir un sujeto analítico en el marco mismo del tratamiento. Para ello son necesarias una serie de intervenciones que propicien procesos de recomposición psíquica a partir de los cuales sea posible la operatoria interpretativa. El trabajo de ligazón y simbolización se nos presenta como un prerequisite para que el sujeto alcance un equilibramiento menos sufriente de su economía psíquica, que le permita un posicionamiento diferente con relación a lo inconsciente.

Ya no parece viable permanecer pasivamente a la espera de que el sujeto se instale por sí mismo en el dispositivo analítico, dando por descontada su condición a priori, sino que es necesario desplegar una serie de gestos instauradores que pongan en marcha el proceso del análisis. Quienes practicamos el psicoanálisis no nos limitamos a ir al encuentro de un inconsciente que estaba allí desde siempre. La imagen del analista-intérprete de un inconsciente que está allí desde toda la eternidad y que simplemente aguarda su epifanía para abrir la boca impresiona como una ficción —un mito de los orígenes, quizás— que hoy se asemeja dramáticamente a una parodia. En ciertas situaciones clínicas, nuestra intervención apunta a generar las condiciones de fundación de la tópica o su estabilización estructural, inaugurando oportunidades de complejización psíquica para que lo pulsional encuentre un emplazamiento más o menos definitivo en el marco de un psiquismo abierto a lo real, regido por la metábola, sometido al traumatismo y al *après-coup*. Se trata de

[...] la posibilidad de que se produzcan a través de la práctica psicoanalítica nuevas constelaciones simbólicas [...] Pero esta articulación simbólica no es necesariamente el efecto de la libre asociación en sentido estricto —aun cuando pueda ser articulada mediante entramados discursivos previos del paciente mismo— ya que su sentido no puede ser hallado a partir de la aparición de un contenido reprimido inconsciente. Se trata de un entretejido en la membrana psíquica desgarrada, y esto no se puede lograr mediante el método clásico (Bleichmar, 1999, p. 63-64).

En esta dirección, Bleichmar se ha referido a un psicoanálisis “de frontera”, que no hace alusión a las llamadas patologías fronterizas o limítrofes, sino a una praxis que se despliega “[...] en las fronteras de la tópica, en las fronteras de la relación intersubjetiva con el semejante” (Bleichmar, 1993, p. 295):

A lo largo de nuestro trabajo hemos ido desplegando la idea de que la cura analítica no se reduce, en tiempos de infancia —ni con pacientes gravemente perturbados o atravesados por situaciones traumática extremas—, a la extracción de lo inconsciente, sino a la recomposición de las relaciones entre los sistemas psíquicos. Es el trabajo sobre lo desligado y su recaptura analítica lo que da posibilidad al sujeto de una instalación en la tópica psíquica (p. 294).

Cuando las inscripciones psíquicas que producen el sufrimiento no corresponden a lo secundariamente reprimido y no son articulables en el código de la lengua a partir de la asociación libre, se halla acotado el empleo del método en sentido estricto. Con respecto a aquellas inscripciones no transcritas, nunca tramitadas por el lenguaje ni fijadas a los sistemas psíquicos, que operan como fragmento de realidad psíquica en el sentido más estricto, la interpretación no resulta apropiada para su tramitación o elaboración.

Gran parte de los objetos de la pulsión —en su contingencia—, de los modos fijados de las compulsiones, de los elementos discretos [...] que aparecen como representaciones sobre las cuales no son posibles las asociaciones, son de este orden. Es una ilusión del psicoanalista creer que todo aquello sobre lo cual la asociación se imposibilita es efecto de la resistencia: se trata, en la mayor parte de los casos, de elementos sobre los cuales la asociación es imposible porque se ven desligados (Bleichmar, 2009, p. 64).

Justamente por esto, las problemáticas clínicas que mayormente nos convocan en la actualidad nos reclaman ampliar el repertorio de nuestros instrumentos para permitir la recomposición del tejido psíquico. Silvia Bleichmar (2009) ha introducido el concepto de **simbolizaciones de transición** para designar a estas intervenciones cuyo propósito es posibilitar un nexo para la captura de los restos de lo real y permitir la apropiación de un fragmento de lo vivencial inscripto a partir del empleo de autotransplantes psíquicos, es decir, de la oferta de puentes representacionales que enlacen el material ya ofrecido por el paciente en el proceso de la cura con ese elemento emergente con el fin de propiciar su simbolización.

Este procedimiento se orienta a producir una simbolización faltante o ausente, evitando saturar su contenido con una simbólica transindividual —muy corriente en otros tiempos, en que se apelaba sistemáticamente a la interpretación simbólica que iba la búsqueda del fantasma universal y convertía al analista en un traductor simultáneo del inconsciente—, pero tampoco dejando este ensamblaje simbolizante exclusivamente en manos del propio paciente y a la espera de que él mismo lo efectúe espontáneamente en algún momento —alternativa presente en muchas otras posiciones que entienden la cura como algo que se produce por añadidura y al analista como una estatua marmórea que solo cobra vida cuando eventualmente brinda su palabra oracular para volver inmediatamente a recluirse en su enigmático mutismo—. Las simbolizaciones de transición se aproximan a la elaboración de una hipótesis de carácter abductivo: el establecimiento de una relación hipotética término a término, una conexión entre elementos que se torna probable como explicación para la génesis de aquello que se pretende simbolizar:

Antes que darle entonces una interpretación hay que reconocerlo como resto del real vivido, significarlo en ese orden, y ensamblarlo respecto al objeto originario en el marco de la relación de transferencia. De no hacerlo de este modo, la interpretación no tiene el menor valor para el sujeto. En esto consiste la operatoria que yo llamo “simbolizaciones

de transición”, puentes, auto-transplantes, en los cuales inevitablemente el analista incluye la perspectiva teórica, pero la entreteje con los restos vivenciales y excitantes de las representaciones de quien las padece (Bleichmar, 2009, p. 72).

Como puede advertirse, este enfoque ensancha las posibilidades de modificación del funcionamiento psíquico a partir de intervenciones simbolizantes que precipitan nuevas formas de reequilibramiento y recomposición de la tópica psíquica. De esta manera, la praxis adquiere una vitalidad y capacidad transformadora que se distancia de otros modelos deterministas que insisten en la inmutabilidad de la estructura psíquica o de sus dominancias. Conocemos bien la proliferación de enunciados que sostienen la imposibilidad de generar cambios estructurales, sometiendo a los analistas a un conformismo paralizante que se parece mucho a la resignación —la misma que se les propone a los pacientes con respecto a sus padeceres, aun cuando se la enmascare en una suerte de pastoral de la castración que el sujeto debería aceptar para testimoniar su reconocimiento de la falta simbólica—. Por el contrario, dando continuidad a las conceptualizaciones de Bleichmar, podemos dar lugar a procesos de “**neogénesis**”, de construcción de lo no constituido y de clivaje y recomposición de lo inscripto en nuevas tramas simbolizantes.

Consideramos insoslayable la fecundidad del concepto de neogénesis si pretendemos desplegar una práctica que no quede esterilizada en los estructuralismos —sean biologicistas o lenguajeros— que clausuran toda posibilidad de modificación de la estructura subjetiva. Entiendo que la subordinación a una perspectiva que inmoviliza las variaciones y restringe la producción de lo inédito puede resultar pacificadora frente a la extenuación de una práctica empobrecida y asfixiante cuyos efectos desubjetivantes se extienden a ambos lados del diván.

Neogénesis implica, entonces, que el análisis no se reduce a un develamiento de lo reprimido encontrando lo ya dado, ni a una lectura —por más a la letra que esta se proponga— de aquello que ha alcanzado valor significativo, sino que introduce procesos capaces de generar algo no fundado previamente, capaz de constituir lo no constituido sobre la base de lo ya existente, pero que no se hubiera generado sin el trabajo analítico. Esto conduce a pensar la posibilidad de transformaciones, puntos de bifurcación y saltos estructurales en momentos decisivos de la constitución del sujeto en el marco mismo del tratamiento analítico.

Hemos tenido la ocasión, formidable, de acompañar esos momentos instauradores donde un sujeto se constituye y donde un punto de fuga abre una hendidura para un destino que parecía fijado. Momento sobrecogedor, de alta intensidad emocional, en que las intervenciones simbolizantes han promovido una recomposición psíquica que no se hubiera producido espontáneamente. Recuerdo a Joaquín, un niño con una patología autistizada que al llegar al consultorio la primera vez deambulaba sin mirarme, hablaba sin dirigirse a mí, repetía mecánicamente enunciados inconexos bajo una apariencia robotizada y con una desconexión brutal, producto de traumatismos precoces. Avanzado ya el tratamiento, llega a una sesión muy enojado. Se tira sobre el diván y me recrimina: “Esto ha sido un gran error”. Le pregunto a qué se refiere, e insiste: “Esto ha sido un gran error”. Le pido que me cuente cuál es ese error. Me dice: “Venir acá”. Con un poco de sorpresa, le pregunto por qué. “Porque ahora lloro”, me responde. Entendí entonces qué me estaba diciendo. Momento de enorme conmoción afectiva y de profundo contacto humano, en el que hablamos de que efectivamente ahora él lloraba porque sentía cosas que antes no sentía, que eso lo hacía un ser humano y no un robot —como en tantas ocasiones habíamos hablado antes— y que, así como lloraba más, también podía experimentar la alegría de sentirse querido y disfrutar de la compañía de otros cuya existencia ahora reconocía.

Pensar al espacio analítico como lugar de neogénesis nos devuelve la capacidad de trocar la repetición en novedad, de dar origen a nuevas posibilidades simbolizantes que alejen al sujeto de una inercia mortificante: “la cura es lugar de neogénesis del sujeto sexuado: tanto en las nuevas vías que abre para el establecimiento de lo sexual como en su ordenamiento en

sistemas que inauguran destinos diversos para el placer y la sublimación” (Bleichmar, 1993, p. 295). Y, simultáneamente, experimentar también una transformación profunda como analistas —es decir, como sujetos— que nos arranque de la pasividad y la parálisis para cooperar con quienes nos consultan buscando auxilio en la creación de experiencias subjetivas que hagan más habitable la vida y en la ampliación de los márgenes de libertad para el despliegue de la potencia imaginativa y deseante.

Aquí reside el vector fundamental de la ética y de la transferencia:

la práctica psicoanalítica no es ajena a una ética, la que atañe a la ampliación de los márgenes de la libertad de decir, de la libertad de pensar. Hay que haber atravesado el desgarramiento de un proceso analítico para reconocer lo difícil que es el movimiento de conquista de esta libertad de pensamiento, movimiento realizado siempre en una lucha intensa contra los abrochamientos imaginarios con que las pasiones anudan el pensamiento (Bleichmar, 1987, p. 6).

Como bien recuerda la sentencia de Goethe, tantas veces citada por Freud: “Lo que has heredado de tus padres, adquiérela para hacerlo propio” (*Was du ererbt von deinen Vätern hast, erwirb es, um es zu besitzen*). Menos conocidos resultan los versos que prosiguen: “Lo que no se utiliza se convierte en una carga pesada; solo puede ser de provecho aquello que crea el momento” (*Was man nicht nützt, ist eine schwere Last, / Nur was der Augenblick erschafft, das kann er nützen*). Para quienes recuperamos las teorizaciones de Silvia Bleichmar, aspirando a animar nuestra praxis con inteligencia y sensibilidad, también se trata de un proceso de metabolización y simbolización para hacer trabajar su pensamiento y aun para poner en cuestión sus ideas, reafirmando nuestro compromiso con la resolución del padecimiento humano.

## REFERENCIAS

- BLEICHMAR, Silvia. *En los orígenes del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Amorrortu, 1987.
- BLEICHMAR, Silvia. *La fundación de lo inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
- BLEICHMAR, Silvia. *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- BLEICHMAR, Silvia. *Inteligencia y simbolización*. Buenos Aires: Paidós, 2009.
- BLEICHMAR, Silvia. Sostener los paradigmas desprendiéndose del lastre. Una propuesta respecto al futuro del psicoanálisis. In: BLEICHMAR, Silvia. *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía, 2005.
- BLEICHMAR, Silvia. *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- BLEICHMAR, Silvia. Simbolizaciones de transición: una clínica abierta a lo real. In: *El desmantelamiento de la subjetividad*. Estallido del yo. Buenos Aires: Topía, 2009.
- BLEICHMAR, S. Producción de subjetividad y constitución del psiquismo. In: BLEICHMAR, Silvia. *El desmantelamiento de la subjetividad*. Estallido del yo. Buenos Aires: Topía, 2009.
- BLEICHMAR, Silvia. *La construcción del sujeto ético*. Buenos Aires: Paidós, 2011.
- BLESTCHER, Facundo. Las huellas de una existencia apasionada. Homenaje a Silvia Bleichmar. *Actualidad Psicológica*, n. 358, p. 9-11, 2007.

Artigo enviado: 25 de fevereiro de 2025.

Artigo aceito: 6 de março de 2025.